

FUEGO EN LA CARNE

Emilio Díaz

Un estruendo me arrancó del sueño con la violencia de algo que no pertenece a este mundo. El suelo vibraba bajo mis pies, las ventanas temblaban como si quisieran desprenderse de sus marcos, y una luz naranja, intensa y palpitante, se filtraba por las cortinas, tiñendo la habitación de un resplandor que parecía venir de otro tiempo. Me levanté con el corazón agitado, y con una mezcla de temor y curiosidad, abrí las cortinas. Afuera, la calle estaba llena de personas que miraban al cielo con los rostros iluminados por destellos rojos y anaranjados que surgían detrás del cerro, como si el horizonte estuviera ardiendo. Algo volaba hacia arriba, algo que no debía estar allí, y luego, sin previo aviso, cayó. Los gritos se mezclaron con el silencio que siguió al impacto. Entonces, desperté.

Otra vez ese sueño.

Me incorporé con náuseas, sintiendo un olor a gas tan penetrante que parecía haber salido de mi propia piel. Corrí a la cocina, revisé la estufa, los quemadores, las llaves. Todo estaba en orden. No había fuga. Pero el olor seguía ahí, persistente, como si se hubiera impregnado en las paredes, en mi ropa, en mi piel. Me metí a la regadera sin pensarlo, como si el agua pudiera borrar lo que no entendía.

Llevaba apenas unos días viviendo en ese pequeño departamento en Toluca, cerca de la Universidad y no tan lejos de la casa de mi abuela, a quien visitaba casi a diario. Mis padres seguían en Salvatierra, Guanajuato, y me habían prometido venir el fin de semana para asegurarse de que todo estuviera bien conmigo, aunque yo les insistí que no era necesario.

Desde que me mudé, los sueños comenzaron. No eran simples pesadillas, no tenían la lógica difusa de lo onírico. Eran vívidos, precisos. Pensé que era el miedo a estar solo, a ser responsable de mí mismo, a enfrentar la vida sin red. Pero había algo más. Algo que no podía entender.

Por eso, sin decirle a nadie, le pagué a un sacerdote para que viniera a bendecir el departamento. No preguntó mucho. Entró, roció agua bendita en las esquinas, murmuró oraciones que apenas se entendían, y se fue. Esa noche, el olor a gas volvió.

Mi rutina era sencilla, casi mecánica: salía temprano hacia la escuela, pasaba la tarde con mi abuela, comíamos juntos, hablábamos de cosas pequeñas, y luego regresaba a casa para hacer tareas y preparar lo necesario para el día siguiente. El fin de semana se acercaba, y lo había planeado con precisión: lavar ropa, limpiar el departamento, comprar víveres, y el domingo, pizza y películas. Como si la normalidad pudiera protegerme de las pesadillas.

Ese viernes, como cada día desde que me mudé, fui a casa de mi abuela. El sol caía lánguido sobre las calles de Toluca, tiñendo los muros de un dorado apagado que me recordaba, sin saber por qué, los colores de mis sueños. Ella me recibió con la misma sonrisa de siempre y me hizo pasar a la cocina, donde el olor a arroz con leche flotaba en el aire como una nube tibia que intentaba protegernos del clima frío.

Yo removía el arroz con el tenedor, sin hambre, mientras ella hablaba de cosas pequeñas: el clima, la vecina que se había caído en el mercado, el precio de la carne que seguía subiendo. Pero yo no podía dejar de pensar en el sueño de la noche anterior, en el fuego que subía por el cerro, en los gritos, en el olor a gas que me había despertado con náuseas.

—He estado soñando cosas raras —dije, sin mirarla directamente.

Ella se detuvo. No me miró. Bajó la vista al plato y siguió comiendo, como si no hubiera escuchado.

—¿Y eso? —preguntó al cabo de unos segundos, con una voz que parecía venir de lejos, como si no quisiera saber la respuesta.

—Explosiones. Fuego. Gente corriendo. El cielo se ilumina y luego todo se quema. Me despierto con olor a gas, como si algo estuviera ardiendo dentro de mí.

Su mano tembló al llevarse el vaso a la boca. Lo noté. Ella lo notó. Pero no dijo nada. El silencio se volvió más pesado, como si algo invisible se hubiera sentado entre nosotros.

—Tal vez estás estresado por la escuela —dijo finalmente, y cambió de tema con una rapidez que me pareció ensayada, como si esa frase hubiera estado lista desde hace años, esperando el momento en que alguien se atreviera a preguntar.

No insistí. Pero algo en su mirada, en la forma en que evitaba mis ojos, en el temblor de sus dedos al recoger los platos, me dijo que ella sabía más de lo que estaba dispuesta a contar.

La noche del sábado cayó con una calma engañosa, como si el mundo se hubiera detenido por un instante para respirar antes de volver a arder. Mis padres me dijeron que llegarían el Domingo. Me acosté temprano, con la sensación de que algo se estaba gestando en el fondo de mi mente, como una sombra que se arrastra por debajo de la conciencia, esperando el momento justo para revelarse. Y cuando cerré los ojos, el sueño llegó sin anunciarse, sin forma, sin lógica, pero con una fuerza que parecía más real que la vigilia.

Estaba en una calle que no reconocía, aunque algo en ella me resultaba familiar, como si la hubiera visto en una fotografía antigua o en un viejo recuerdo. Las casas eran bajas, de muros

agrietados, y la noche envolvía todo con una oscuridad espesa, casi líquida. Caminaba despacio, era tarde. Entonces, el suelo tembló.

Un estruendo profundo, como el rugido de una bestia enterrada, sacudió la calle. Las ventanas vibraron, los postes de luz parpadearon, y el cielo, de pronto, se iluminó con un resplandor rojo que parecía devorar las estrellas. Al final de la calle, una serpiente de fuego avanzaba, arrasando todo a su paso: las casas estallaban en llamas, los perros corrían envueltos en humo, los caballos relinchaban antes de caer, y las personas que caminaban se convertían en siluetas ardientes que gritaban sin voz. Vacas, borregos y cerdos, dormidos en sus corrales, fueron alcanzados por la serpiente. Quedaron de pie, suspendidos en el aire ardiente, como estatuas de ceniza.

Corrí. Corrí como si el fuego me conociera, como si supiera mi nombre. Me lancé hacia una esquina, buscando refugio, pero el suelo me recibió con violencia. Caí boca arriba, pero mi brazo izquierdo fue alcanzado por la serpiente, y el dolor fue inmediato, punzante. Miré mi piel: estaba quemada, roja, abierta. El aire olía a gas, a carne, a ceniza.

Y entonces, desperté.

El domingo amaneció con una calma que parecía fingida, debido a la mala noche por esa pesadilla. Mis padres llegaron temprano, con bolsas de pan dulce, fruta y una caja de cartón que contenía cosas que pensaban que me hacían falta: una lámpara, una cobija extra, una cafetera.

Fuimos juntos a casa de la abuela, como lo habíamos planeado. Ella nos recibió con esa sonrisa que ya conocía, la que se estira, pero no brilla. Preparó mole con arroz, tortillas recién hechas, y agua de jamaica. Comimos en la sala, con la televisión encendida de fondo, sin volumen, como si fuera solo una lámpara más.

Yo no hablaba mucho. El sueño del sábado seguía en mi cuerpo como una fiebre baja, como un ardor que no se ve, pero se siente. Mi brazo, aunque intacto, dolía. No sabía si era real o si mi mente había decidido que debía doler.

Fue mi padre quien subió el volumen de la televisión, justo cuando el noticiero comenzó a hablar de efemérides. La voz del presentador era grave, solemne, como si cada palabra pesara.

“Hoy se cumplen 41 años del accidente de San Juanico, ocurrido el 19 de noviembre de 1984, en San Juan Ixhuatepec, Tlalnepantla, Estado de México...”

Mi abuela dejó de comer. Mi madre bajó la mirada. Yo me quedé quieto.

“Una fuga de gas en las instalaciones de PEMEX provocó una serie de explosiones tipo BLEVE, que comenzaron a las 5:40 de la madrugada. Las llamas alcanzaron temperaturas superiores a los mil grados Celsius, arrasando con casas, animales, vehículos y personas. Se reportaron más de 500 muertos y más de 4,000 heridos. Las explosiones continuaron hasta el día siguiente, y se sintieron a kilómetros de distancia.”

Las imágenes aparecieron en pantalla. Casas destruidas. Calles cubiertas de ceniza. Personas envueltas en mantas, con la piel viva. Y entonces, la cámara mostró una calle.

Esa calle.

La misma del sueño.

Las casas eran las mismas. El ángulo. El cerro al fondo. El poste de luz inclinado. Todo estaba ahí, como si alguien hubiera grabado mi sueño y lo estuviera transmitiendo en vivo. Ahí estaban los cuerpos ennegrecidos de los animales en los corrales.

“Esta es la calle de Granjas de Guadalupe, una de las más afectadas por las explosiones. Aquí, el fuego avanzó como una ola, quemando todo a su paso.”

Mi cuerpo se tensó. El brazo volvió a doler. Mi abuela se levantó sin decir nada y fue a la cocina. Mi padre cambió de canal. Mi madre me miró, pero no dijo nada.

Yo sabía.

Ellos también.

La comida había terminado, pero el silencio seguía ahí, flotando entre los platos vacíos y las miradas esquivas.

La abuela lavaba los trastes con movimientos lentos, casi ceremoniales, como si cada plato le permitiera alejarse de nosotros. Yo la observaba desde la mesa, sintiendo que el momento había llegado, que ya no podía seguir fingiendo que no sabía, que no sentía.

—Mamá —dijo, mi madre, con la voz baja pero firme—. Es momento de hablarlo. Juan sabe que algo te ocurre, es imposible ocultarlo. El tiempo ha pasado y no puedes retener ese dolor en tu pecho por más tiempo.

—Abuela —dije, y mi voz sonó más firme de lo que esperaba—. Esa calle que salió en la televisión... la soñé.

Ella no respondió. El agua seguía corriendo, tibia, espesa, como si también quisiera evitar la conversación.

—La vi arder. Vi gente quemarse. Casas, animales. Sentí el fuego en mi brazo. Me desperté con dolor. Y hoy... hoy la vi en la pantalla. Era la misma.

Su espalda se tensó. Sus manos dejaron de moverse. El silencio se volvió más pesado, como si el pasado hubiera entrado por la puerta sin pedir permiso. Mi madre me miró, asustada.

—¿Por qué nunca me hablaste de San Juanico? —pregunté, y esta vez mi voz tembló.

Ella se giró despacio, con los ojos húmedos, pero sin lágrimas. Me miró como si me viera por primera vez, como si algo en mí le recordara a alguien que ya no estaba.

—Porque no se habla de lo que quema por dentro —dijo, y su voz era apenas un susurro—. Porque el fuego no solo destruyó casas. Se llevó nombres, cuerpos, historias. Y dejó cenizas en el alma.

Me quedé en silencio. No sabía qué decir. Mi madre tomó mi mano, con fuerza.

—Tu abuelo murió esa noche —continuó—. La explosión cimbró la casa y salimos creyendo que era nuestro tanque el que había explotado, cuando vimos esos enormes cilindros de gas volando más alto que el cerro. Dijeron que ese cerro nos había salvado.

Se sentó frente a mí, con las manos temblando sobre el mantel.

—Tu abuelo pensó en Marco, tu tío, que iba a la escuela en San Juanico. Fue a buscarlo. Nunca volvió. Lo encontramos días después, irreconocible. Yo estaba embarazada de tu madre.

—Mi hermano —indicó mi madre—. Marco. Vive en Ensenada, por eso no lo conoces. Él corrió al ver el fuego y dio la vuelta en una esquina. Su brazo quedó al alcance del fuego y lo quemó.

—Ahora entiendo por qué nunca me dejabas jugar con fuego —dije, al recordar mi infancia—. Nunca usamos velas. No me dejabas acercarme a la cocina.

—Lo siento —contestó mi madre mientras acariciaba mi cabello—. Era por la seguridad de todos. Tu abuela así nos educó, alejándonos del fuego en todo momento.

La abuela se levantó y abrazó a mi madre, felices.

Esa noche, al regresar a mi departamento, no encendí la luz. Por fin entendía el significado de esos sueños. El fuego no era mío, pero lo llevaba por dentro. No lo heredé por palabras, ni por historias contadas. Lo heredé en el silencio, en los gestos de mi familia. Lo heredé en la piel, en la memoria del cuerpo.

Encendí una vela. No por superstición. No por miedo. Sino como un acto de reconocimiento. Como si al nombrar el fuego, pudiera transformarlo. La llama era pequeña, pero viva. Y con ella, le escribí una carta a mi abuelo, agradeciendo su sacrificio, todo por salvaguardar a su familia.

El fuego sigue ahí. En mí. En la abuela. En todos los que callaron. Pero ahora, al menos, tiene nombre.

El siguiente fin de semana, viajé a San Juanico. Dejé una fotografía de mi abuelo, junto a unas flores blancas. Me quedé en silencio, sintiendo que algo se acomodaba dentro de mí, como si el fuego hubiera encontrado su lugar.

Desde entonces, se fueron las pesadillas. Y el olor a gas.